

que estaban revestidos. Petión, Buzot y Gensonné se inclinaban en favor de esta grave y magnánima resolución. Barbaroux, sin calcular los resultados y siguiendo sólo las inspiraciones de su alma heroica, quería ir á intimidar á sus enemigos con su presencia y su valor. Otros, en fin, siendo Louvet quien defendía más enérgicamente este último parecer, proponían que se abandonase en el acto la Convención, donde ya no podían hacer nada útil, donde la Llanura no tenía suficiente valor para prestarles sus votos, y donde la Montaña y las tribunas estaban resueltas á ahogar sus voces con silbidos. Querían retirarse á sus departamentos, fomentar la insurrección, casi declarada, y volver con fuerzas á París para vengar las leyes y la representación nacional. Cada cual sostenía su opinión y no se sabía qué acordar. El toque de rebato y de generala obligaba á los infelices convidados á dejar la mesa y buscar un asilo antes de adoptar una resolución: dirígen se entonces á casa de uno de ellos, á la de Meilhán, menos comprometido que los otros y no inscrito en la famosa lista de los veintidós, y que habiéndolos recibido ya, habitaba en la calle de los Molinos un piso bastante grande, donde podían reunirse con armas. Todos, excepto algunos que contaban con otros medios para ponerse á cubierto, se dirigen apresuradamente á dicha casa.

La Convención se había reunido al sonar el toque de rebato, pero hallábanse presentes muy pocos individuos, faltando todos los de la derecha: sólo Lanjuinais, deseoso de arrostrar todos los peligros, había ido á denunciar el complot, cuya revelación no era cosa nueva para nadie. Después de una sesión bastante borrascosa y corta, la Convención contestó á los peticionarios que en vista del decreto que encargaba al comité de salvación pública presentar un informe sobre los veintidós, nada tenía que resolver sobre la nueva demanda del Ayuntamiento. Separáronse en desorden, y los conjurados aplazaron para la mañana del día siguiente la ejecución definitiva de su proyecto.

Toda la noche del sábado hasta la mañana del domingo 2 de junio de 1793 se estuvo oyendo el toque de generala y de rebato; tronó el cañón de alarma, y toda la población de París se halló sobre las armas al romper el día. Alrededor de la Convención se habían formado más de ochenta mil hombres; pero más de setenta y cinco mil no tomaban parte alguna en el acontecimiento, limitándose á presenciarlo con el arma al brazo. Varios batallones de artillería amigos estaban, á las órdenes de Henriot, alrededor del Palacio Nacional; tenían ciento sesenta y tres piezas de artillería, arcones, crisóles para enrojecer las balas, mechas encendidas y todo el aparato militar que podía intimidar los ánimos. Desde por la mañana se hizo entrar en París á los batallones cuya marcha á la Vendée se había retardado; acabábase de irritar sus ánimos persuadiéndoles de que se habían descubierto complots cuyos jefes se hallaban en la Convención, y que era preciso arrancarlos de allí. Asegúrase que estas razones fueron acompañadas de asignados de cinco francos. Aquellos batallones, impelidos así, marcharon desde los Campos Elíseos á la Magdalena, de aquí al bulevar y luego al Carrousel, dispuestos á ejecutar todo cuanto los conjurados quisieran prescribirles.

De este modo, la Convención, cercada apenas por

algunos miles de furiosos, parecía sitiada por ochenta mil hombres; pero aunque no lo estuviese realmente, no se hallaba menos expuesta al peligro, porque los pocos miles de hombres que la rodeaban parecían inclinados á entregarse á los mayores excesos.

Los representantes de ambos lados estaban en sesión; la Montaña, la Llanura y la derecha, ocupaban sus bancos; los diputados proscritos, reunidos en gran parte en casa de Meilhán, donde habían pasado la noche, querían ir también á ocupar su puesto, y Buzot hacía esfuerzos por desprenderse de los que le sujetaban, para ir á expirar en el seno de la Convención. Sin embargo, pudieron impedirlo; sólo Barbaroux, consiguiendo escaparse, acudió á la Asamblea para desplegar en aquel día un valor sublime. Aconsejóse á los otros permanecer unidos en su refugio, esperando el resultado de aquella sesión terrible.

Por fin se da principio á ésta, y Lanjuinais, resuelto á emplear los últimos esfuerzos para que se respete la representación nacional, Lanjuinais, á quien ni las tribunas ni la Montaña, ni la inminencia del peligro podían intimidar, es el primero en pedir la palabra. Al oír su petición, resuenan los más violentos murmullos. «Vengo, dice, á tratar sobre los medios de contener los nuevos trastornos que os amenazan.—¡Fuera, fuera!, gritan; quiere traernos la guerra civil.—Mientras sea permitido hacer oír aquí mi voz, replica Lanjuinais, no dejaré que se envilezca en mi persona el carácter de representante del pueblo. Hasta aquí no habéis hecho nada, lo habéis sufrido todo, sancionando cuanto se exigió de vosotros. Reúne una asamblea revolucionaria, nombra un comité encargado de preparar el motín y el comandante que debe dirigir á los revoltosos, y vosotros toleráis esa asamblea, ese comité y ese jefe!» Espantosos gritos interrumpen á cada instante las palabras de Lanjuinais, y por fin llega á ser tal la cólera que inspira, que varios diputados de la Montaña, Drouet, Robespierre joven, Julián y Legendre, se levantan de sus bancos, corren á la tribuna y quieren sacar de ella al orador. Lanjuinais resiste, cogiéndose con todas sus fuerzas; en toda la Asamblea reina el desorden, y los gritos que parten de las tribunas contribuyen á que la escena sea la más espantosa que hasta entonces se había visto. El presidente se cubre y consigue por último que se le oiga. «Lo que acaba de suceder, dice, es muy doloroso; la libertad perecerá si continuáis conduciéndoos del mismo modo; llamo al orden á los que os habéis dirigido á la tribuna.» Restablécese un poco la calma, y Lanjuinais, que no temía las proposiciones quiméricas cuando eran valerosas, pide que se deponga á las autoridades revolucionarias de París, es decir, que aquellos que se hallen sin armas ocupen el lugar de los que están armados. Apenas ha pronunciado estas palabras, preséntanse de nuevo los peticionarios del Ayuntamiento, y su lenguaje es más conciso y enérgico que nunca. «Los ciudadanos de París no han dejado las armas hace cuatro días; cuatro días há que reclaman de sus mandatarios los derechos indignamente infringidos; y hace cuatro días que estos mandatarios se ríen de su calma y de su inacción... Es preciso arrestar provisionalmente á los conspiradores; es preciso salvar al pueblo en el acto, ó de lo contrario se salvará á sí mismo!» Apenas acaban de hablar los

peticionarios, cuando Billaud-Varennes y Tallián piden el informe sobre esta petición, acto continuo y sin suspender la sesión. Otros, en gran número, piden la orden del día; y al fin, en medio del mayor tumulto, la Asamblea, excitada por el peligro, levántase y vota dicha orden bajo el pretexto de haberse mandado al comité de salvación pública redactar un informe en el término de tres días. Al oír este acuerdo, los peticionarios salen dando gritos y haciendo amenazas y dejan ver las armas que llevan ocultas. Todos los hombres que estaban en las tribunas se retiran como para ir á ejecutar un proyecto, y únicamente quedan las mujeres. Después se percibe un gran ruido exteriormente, y oyesse gritar *¡á las armas, á las armas!* En el mismo instante, varios diputados quieren hacer presente á la Asamblea que la resolución que acaba de adoptar es imprudente; que es preciso poner término á una crisis peligrosa, concediendo lo que se ha pedido, arrestando provisionalmente á los veintidós diputados sobre quienes pesa la acusación. «¡Todos iremos, todos iremos á las prisiones!», grita Lareveillere-Lepeaux. Cambón anuncia entonces que dentro de media hora presentará su informe el comité de salvación pública. Habíase pedido para dentro de tres días; pero el peligro, cada vez más inminente, había inducido á la comisión á apresurarse. Barrere se presenta, en efecto, en la tribuna, y propone la idea de Garat que la víspera conmovió á todos los individuos del comité, que Dantón aprobó con calor, que Robespierre había rechazado, y que consistía en desterrarse voluntariamente los jefes de ambos partidos, y no pudiendo Barrere proponerla á los montañeses, la propone á los veintidós. «El comité, dice, no ha tenido tiempo de aclarar los hechos, de oír á ningún testigo; pero visto el estado político y moral de la Convención, cree que la suspensión voluntaria de los representantes designados produciría el mejor efecto, salvando á la república de una funesta crisis cuyo desenlace espanta prever.»

Apenas ha concluido de hablar, cuando Isnard se dirige el primero á la tribuna, y dice que Isnard se ponga en la balanza á un hombre y á la patria, no vacilará jamás, y que no sólo renuncia á sus funciones, sino también á su vida si la creen necesaria. Lanthenas imita el ejemplo de Isnard, renunciando á su cargo; Fauchet ofrece su dimisión y su existencia á la república; Lanjuinais, que no pensaba que fuera necesario ceder, sube á la tribuna y dice: «Creo que hasta este instante he dado pruebas de suficiente energía para que podáis esperar de mí suspensión ni dimisión...» Al oírse estas palabras resuenan gritos en la Asamblea; pero el diputado pasea una tranquila mirada sobre los que le interrumpen, y continúa de este modo: «El sacrificador que llevaba en otro tiempo la víctima al altar, la cubría de flores y de banderolas, y no la ultrajaba... Se quiere el sacrificio de nuestros poderes, pero los sacrificios deben ser libres, y nosotros no lo somos! No se puede salir de aquí ni asomarse á las ventanas, porque los cañones están asestados; no es posible emitir opinión alguna, y por lo tanto me callo.» Barbaroux sigue á Lanjuinais, y rehúsa con el mismo valor la dimisión que se le pide. «Si la Convención, dice, ha dispuesto que yo dimita, me someteré; pero ¿cómo he de renunciar á mis poderes cuando una infinidad de departamentos me escriben asegurándome que de ellos hice buen uso, y me invitan

á conservarlos? He jurado morir en mi puesto y cumpliré mi juramento.» Dusaulx ofreció su dimisión también. «¡Cómo!, grita Marat, ¿se ha de conceder á los culpables el mérito de la abnegación? Es preciso estar puro para ofrecer sacrificios á la patria; yo, verdadero mártir, soy el que debo sacrificarme; ofrezco mi suspensión desde el momento en que se ordene el arresto de los representantes acusados. Pero, añade Marat, la lista no está bien hecha; en vez del caduco Dusaulx, del apocado Lanthenas y de Ducós, culpable sólo por algunas opiniones erróneas, se debe inscribir en aquélla á Fermon y Valazé, que deben figurar y no están apuntados.» En el mismo momento se oye un gran ruido en las puertas de la sala: Lacroix entra poseído de la mayor agitación, profiriendo gritos, y dice que ya no se está libre, que ha querido salir de la sala y que no se lo han permitido. Aunque montañés y partidario del arresto de los veintidós, indignábase el atentado del Ayuntamiento, que encerraba á los diputados en el Palacio Nacional.

Desde que se rehusó resolver sobre la petición del Ayuntamiento, habíase dado en todas las puertas la consigna de no dejar salir á un solo diputado. Algunos trataron inútilmente de evadirse; pero sólo Gorsas pudo escapar, y había ido á buscar á los girondinos, reunidos en casa de Meilhán, para aconsejarles que se ocultasen donde pudieran y no se presentaran en la Asamblea. Todos cuantos intentaron salir fueron detenidos violentamente: Boissy d'Anglás se presenta en una puerta, es maltratado, y vuelve á entrar mostrando su ropa desgarrada. Al ver esto, toda la Asamblea se indigna, y la misma Montaña parece asombrarse. Pregúntase quiénes son los autores de semejante consigna, y se expide un decreto ilusorio que cita á la barra al comandante de la fuerza armada.

Barrere, tomando entonces la palabra y expresándose con una energía que no acostumbraba, dice que la Asamblea no es libre, que delibera bajo la presión de tiranos ocultos; que en el comité revolucionario hay hombres de quienes no se puede responder, extranjeros sospechosos, tales como el español Guzmán y otros; que en la puerta de la sala se distribuyen asignados de cinco francos entre los batallones que se destinaban á la Vendée; y que es preciso asegurarse de si la Convención es aún respetada ó no. En su consecuencia, propone á la Asamblea que se traslade en masa al centro de la fuerza armada, para persuadirse de que no debe temer nada, y de que aún se reconoce su autoridad. Esta proposición, hecha por Garat en 25 de mayo, y repetida por Vergniaud el 31, es adoptada al punto. Herault-Sechelles, de quien se echaba mano en todas las ocasiones difíciles, se pone á la cabeza de la Asamblea como presidente, y toda la derecha y la Llanura se levantan para seguirle, quedando sólo la Montaña en su puesto. Al observarlo vuelven los últimos diputados de la derecha, y censuran á sus representantes porque no salen á compartir el peligro común; las tribunas, por el contrario, hacen señas á los montañeses para que permanezcan en sus bancos, como si les amenazase un gran peligro fuera. Sin embargo, los montañeses ceden por un sentimiento de dignidad, y toda la Convención, llevando á su cabeza á Herault-Sechelles, se presenta en los patios del Palacio Nacional y por la parte del

Carrousel. Los centinelas se apartan para que pase la Asamblea; llega ésta ante los artilleros, mandados por Henriot, y al significarle el presidente que abra paso á la Asamblea, contesta: «No saldréis hasta que hayáis entregado los veintidós. — Apoderaos de este rebelde,» dice el presidente á los soldados. Henriot hace retroceder á su caballo, y dirigiéndose á sus hombres, exclama: «¡Artilleros á las piezas!» Alguno agarra entonces fuertemente del brazo á Herault-Sechelles y le conduce por otro lado, y entonces se dirigen todos al jardín á fin de repetir la misma prueba. Algunos grupos gritan: *¡Viva la nación!*, y otros *¡Viva la Convención!* *¡Viva Marat!* *¡Fuera la derecha!* Fuera del jardín, algunos batallones, animados de otros sentimientos que los de las tropas del Carrusel, hacían seña á los diputados para que fueran á unirse con ellos. Para hacerlo así, la Convención se dirige hacia el Pont-Tournant; pero allí encuentra un nuevo batallón que le cierra la salida del jardín. En aquel momento, Marat, rodeado de algunos muchachos que gritaban *¡Viva Marat!*, se acerca al presidente y le dice: «Intimo á los diputados que han abandonado sus puestos que vuelvan á ocuparlos.»

En efecto, la Asamblea, cuya humillación iban acrecentando más y más estas repetidas pruebas, se vuelve al salón de sesiones, y cada uno se coloca en su asiento. Couthon sube entonces á la tribuna, y dice á la Asamblea, con una serenidad que excita su admiración: «Bien veis que sois respetados y obedecidos por el pueblo; ya veis que sois libres, que podéis votar sobre la cuestión que se os ha sometido; apresuraos, pues, á satisfacer los deseos del pueblo.» Legendre propone borrar de la lista de los veintidós á los que han ofrecido su dimisión, y exceptuar de la de los doce á Boyer-Fonfrede y Saint-Martin, que se han opuesto á los arrestos arbitrarios, y que se les substituya por Lebrún y Claviere. Marat insiste para que se elimine de la lista á Lanthenas, Ducós y Dusaulx, agregando á Fermont y Valazé. Apruébanse estas proposiciones, y todos están dispuestos á la votación: intimidada la Llanura, comenzaba á decir que después de todo no eran tan de compadecer los diputados á quienes se arrestaba en su casa, y que era preciso poner término á tan terrible escena. La derecha pide la votación nominal para avergonzar por su debilidad á los diputados del centro; pero uno de ellos facilita á sus colegas un medio honroso para salir de tan difícil situación. Dice que no vota porque no es libre, y á ejemplo suyo también los otros rehusan votar. Entonces la Montaña sola y algunos otros representantes decretan la prisión de los diputados denunciados por el Ayuntamiento.

Tal fué el célebre acontecimiento del 2 de junio, más conocido por el nombre de 31 de mayo. Fué un verdadero 10 de agosto contra la representación nacional, pues una vez detenidos los diputados en sus casas, sólo faltaba enviarlos al cadalso, cosa poco difícil. Con aquel día acabó una era principal de la revolución, que fué preparatoria de la más terrible y grande de todas y cuyo conjunto es preciso recordar para apreciarla bien.

El 10 de agosto, la revolución, no pudiendo ya reprimir sus desconfianzas, ataca el palacio del monarca para desechar unos temores que le eran ya insoportables. La primera idea que se concibe es la de suspender á Luis XVI, aplazándose el pronunciar sobre su suerte

hasta que se reuna la próxima Convención Nacional. Suspendida la monarquía, y quedando el poder en manos de las diversas autoridades populares, surge la cuestión de saber cómo se usará de este poder; entonces se pronuncian abiertamente las divisiones que se habían declarado ya entre los partidarios de la moderación y los de una energía inexorable; el Ayuntamiento, formado por todos los hombres de carácter ardiente, ataca á la Legislativa y la insulta, amenazándola con tocar á rebato. Desde este momento, reanimada la coalición por el 10 de agosto, apresúrase á avanzar; el peligro aumenta, excitando cada vez más la violencia; denígrase la moderación, y las pasiones son impelidas á los mayores excesos. Longwy y Verdún caen en poder del enemigo. Al ver que se acerca Brunswick, adelántanse las crueldades que anuncian sus manifiestos, y se aterra á sus partidarios ocultos, por las espantosas jornadas de septiembre.

Muy pronto, salvada la Francia por la sublime serenidad de Dumouriez, tiene tiempo de agitarse aún para discutir la gran cuestión del uso moderado ó desapiadado del poder. Los sucesos de septiembre llegan á ser un penoso asunto para las censuras: los moderados se indignan; los hombres violentos quieren que se guarde silencio sobre los males que califican de inevitables é irreparables; personalidades crueles se agregan á los odios de cada individuo y de la opinión; excítase la discordia en el más alto grado, y entonces llega el momento de pronunciar sobre la suerte de Luis XVI. En su persona se hace aplicación de los dos sistemas; el moderado queda vencido, el de la violencia triunfa; y al inmolar al rey, la revolución rompe definitivamente con la monarquía y con todos los tronos.

Reanimada de nuevo la coalición por el 21 de enero, como le sucedió con el 10 de agosto, se rehace, y sufrimos varios reveses. Dumouriez, detenido en su progreso por circunstancias contrarias y por el desorden de todas las administraciones, irritase contra los jacobinos, á los que imputa sus descalabros; sale entonces de su indiferencia política, pronúnciase de pronto por la moderación, la compromete, empleando para ello su espada y el extranjero, y se estrella al fin contra la revolución, después de haber puesto á la república en el más grave peligro. En el mismo instante levántase la Vendée; los departamentos, todos moderados, toman un carácter amenazador, y jamás fué el peligro tan grave para la revolución. Los reveses y las traiciones proporcionan á los jacobinos un pretexto para calumniar á los republicanos moderados, y un motivo para pedir la dictadura judicial y ejecutiva.

Proponen un ensayo de tribunal revolucionario y de comité de salvación pública; surge acalorado debate sobre este punto; en la cuestión llegan ambos partidos á los últimos extremos, y ya no pueden permanecer uno en presencia de otro. El 10 de marzo intentan los jacobinos derribar á los jefes de la Gironda; pero su tentativa aborta por ser demasiado prematura; entonces se prepara mejor; provocan peticiones, sublevan á las secciones y se insurreccionan legalmente. Los girondinos resisten, instituyendo una comisión encargada de castigar los complots de sus adversarios; esta comisión procede contra los jacobinos, los subleva, y desaparece luego en una borrasca. Substituída al día siguiente, cae de nuevo por la horrible tempestad del 31 de mayo; y

por último, el 2 de junio son arrancados del seno de la representación nacional los individuos y diputados que debía defender. Así como sucedió con Luis XVI, aplazábase decidir sobre su suerte hasta una época en que la violencia bastara para conducirlos al cadalso.

Tal es el espacio que hemos recorrido desde el 10 de agosto hasta el 31 de mayo: es una larga lucha entre los dos sistemas sobre el empleo de los medios. El peligro, siempre creciente, ha hecho que la contienda sea más viva, más enconada; y la generosa diputación de la Gironda, desfallecida por haber querido vengar los crímenes de septiembre, impedir el 21 de enero la formación del tribunal revolucionario y del comité de salvación pública, expira cuando el peligro es más grande, más urgente la violencia, y menos admisible la moderación. Con la supresión de los girondinos queda vencida toda legalidad, sofocada toda reclamación; y

siendo el peligro más terrible que nunca, por la insurrección misma que se esforzará en vengar á la Gironda, la violencia va á desplegarse sin obstáculo y sin medida, completándose la espantosa dictadura del tribunal revolucionario y del comité de salvación pública. Aquí dan principio escenas más grandes y cien veces más horribles que todas cuantas han indignado á los girondinos; para ellos ha concluído su historia; falta agregar el relato de su heroica muerte. Su oposición ha sido peligrosa, su indignación impolítica; han comprometido la revolución, la libertad y la Francia, y hasta la moderación al defenderla con acritud; y al morir, han arrastrado en su caída todo cuanto había de más generoso é ilustrado en Francia. Y sin embargo, ¿quién no envidiaría el papel que representaron? ¿Quién no hubiera querido cometer sus faltas? ¿Es posible dejar correr la sangre sin resistirse y sin indignarse?